Esteban Cid

Escri-
to en
tu

(Poesía)

2008

La historia de este mundo
hubiera sido muy distinta,
considerando estas presencias:

este Adán

y esta Eva.

Invocación de la muerte

La pequeña muerte cotidiana, la del día a día,
la amigable muerte que se hace carne,
que de tan familiar no parece muerte:
esa.



El hombre de las manos sembradas con semillas de cal cree que el que traiciona nunca habrá de redimirse,

mientras en su amargura infértil cosecha desesperanzas con la costumbre de ver partir los sueños.

El hombre de los ojos resecos de los soles anteriores cree que el que cree nunca habrá de despertarse,

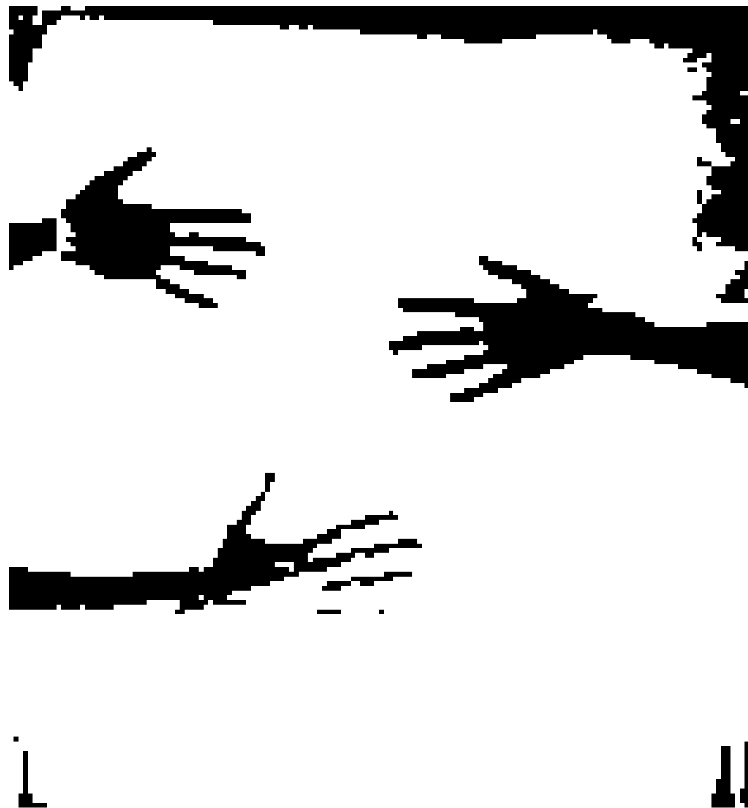
mientras sus futuros rutinarios se diluyen en pasados que regresan y desangran y lo arropan

y lo abrasan

Años de esperarte
me han llevado a olvidar
para qué espero
y por qué, aún, lo intento:
corazón acorazado, ah,
sangre y fuego,
palabras y recuerdos,
y tu miedo,

infantil miedo del que ahora es hombre

del que ahora es recuerdo,
del que está lejos,
y sin embargo –aún– espero.



Fuiste el calor de un verano, una tarde de diciembre;
y fuiste bálsamo en el desierto y arena en las alforjas;
y fuiste selvas y ríos y regresos y silencios;
una voz llorosa que se despedía;

Fuiste los ojos de un ciego, una tarde de diciembre;
y fuiste abrigo en la tormenta y trueno en ella misma;
y fuiste manos y miradas y abrazos y momentos;
un miedo inexplicable;

Fuiste algo que no existe, aunque existas, cada tanto
(allí donde estuvimos a veces me refugio y otras veces me regreso);
fuiste un perpetuo vacío, un empeño de la mente;
un resonar de cierta tarde de diciembre;



Descansos en la marcha

I

Vine a esta villa
donde mis ojos trasuntan olvido,
a encontrarme con el vidrio espejado
donde yo mismo me desconozco,
donde un dejo infame del que fuera
fijo me mira a los ojos,
y me perdona:
en paz queda él conmigo,

y yo conmigo mismo.

II

Pongan más cerca la costa
mi sangre bulle
pero mis piernas no responden;
soy lo que aparento
más siglos de carencias,
más siglos de perdiciones,
y con un cuerpo prestado

en medio de la fiesta.

III

Llegué solo
con una confusión de mares en mi mente,
tomé unos mates

y salí a buscarte
en medio de tu ausencia.
Y no estabas
– y lo sabía–,
pero suele pasarme
que los soles me alumbran,
y yo en la sombra
buscándote
inútilmente
largas noches sin vos
siempre;
y con vos en la mente

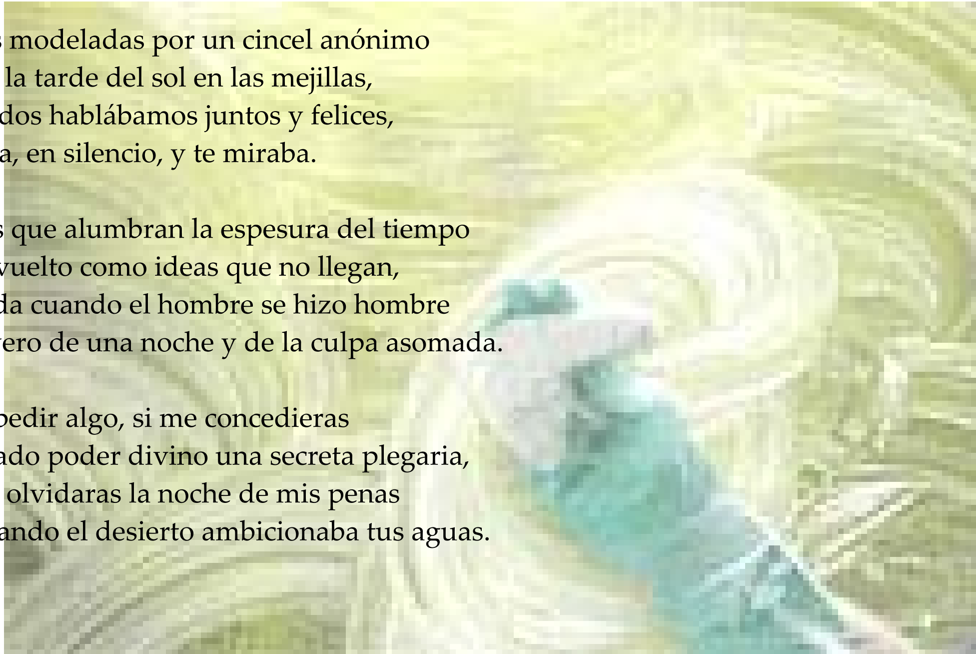
siempre.

IV

si éste fuera mi lugar,
me faltarías vos,
siempre vos,
desde que recuerdo,
sofocando mis tifones,
perdonando mis pecados,
acompañando mis furias,
y mis pobrezas de hombre,
si éste fuera mi lugar,
lo sería, simplemente,
si estuvieras conmigo,

presente.





Tus piernas modeladas por un cincel anónimo
mojadas en la tarde del sol en las mejillas,
mientras todos hablábamos juntos y felices,
yo te miraba, en silencio, y te miraba.

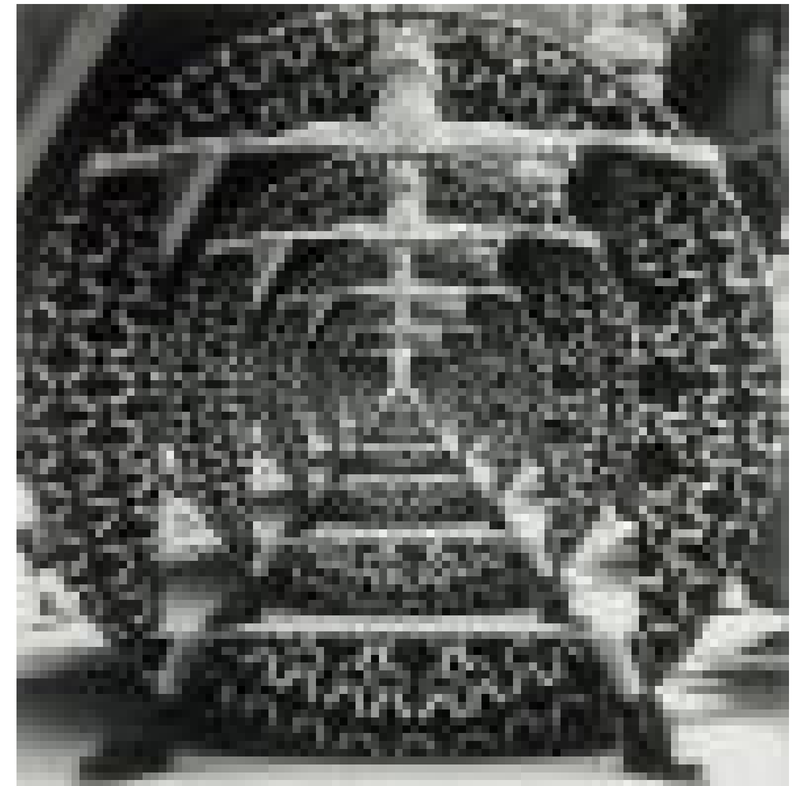
Ojos negros que alumbran la espesura del tiempo
y el pelo revuelto como ideas que no llegan,
tarde soleada cuando el hombre se hizo hombre
en el entrevero de una noche y de la culpa asomada.

Si pudiera pedir algo, si me concedieras
en tu ignorado poder divino una secreta plegaria,
pediría que olvidaras la noche de mis penas
la noche cuando el desierto ambicionaba tus aguas.

Harto de ser yo
a veces converso y me construyo –o creo construirme, o al menos me miento con eso
mientras no sé si allá se ríen de mis ocurrencias o si las toman en serio,
o si sólo consigo ocupar el tiempo desocupado de las noches
en fantasías verbales que sólo cuentan
cuando los sueños de las noches son menos intensos.

Harto de ser yo
a veces me digo y me desdigo –porque jamás fue fácil decir y hacer,
jamás uno puede realmente realizarse a su medida, por suerte, tal vez,
a la medida de las palabras y de los ojos que miran y escudriñan
los ojos que uno ha mirado y que uno ha deseado,
los ojos que te han mirado, simplemente, te han mirado.

Harto de ser yo
creo que busco siempre las formas de llenar los silencios
–para que las mismas voces repetidas de entonces
no se reaviven cuando suena un teléfono, cuando llegan las letras,
abigarradas letras efímeras que ahora reemplazan con su parquedad confusa
las tardes que antes eran de voces de emociones y silencios.



Las manos,

la boca,

las piernas.

El giro, la gema, el gemido.

Los labios,

los ojos,

las piernas.

Las sábanas, la fuerza, el gemido.

El hombre

la fruta,

las piernas.

La frágil fragancia de fresa frondosa

y el océano

y el espasmo

y las piernas.

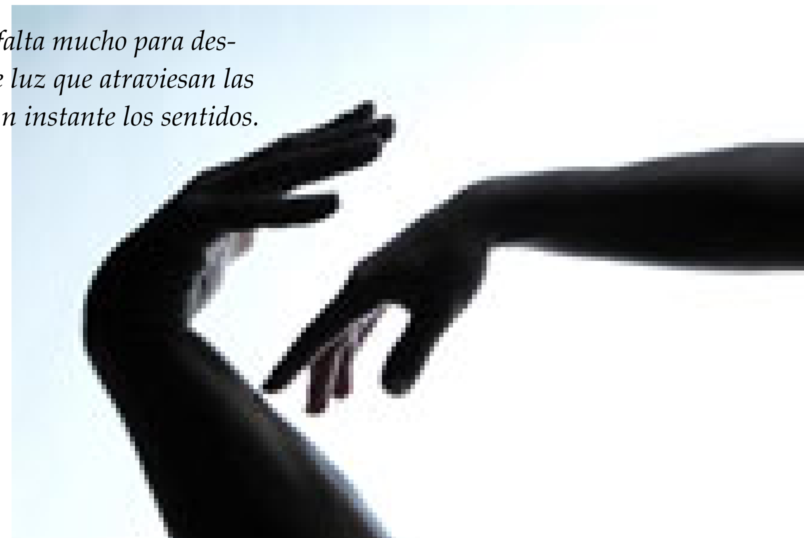


¿Con qué amor he de encontrarte
en esta tarde de lluvia?

Construyo con la nada los cimientos de la dicha
apurando ilusiones que anhelan derrumbarse.

Tu sonrisa, el modo de mirar a veces el silencio.

Sé que falta algo, sé que falta mucho para descubrir en vos esos rayos de luz que atraviesan las murallas y confunden en un instante los sentidos.



Y no quiero tener tiempo.
No quiero remover de las cenizas
esas noches que fogonearon sufrimientos.

Con mis pocas fuerzas, con la débil rutina de mis fuerzas,
tejo y destejo el futuro que se aleja.

Escrito en tu

I

Apróntame la almohada de tu abrigo en esta noche pues siento que mis fuerzas se estremecen;
hace frío y en la distancia los dos estamos solos, caminante de los aires de la muerte.

Tú has venido a mi noche; tú has abierto las puertas de la cárcel de la mente;
en el frío del silencio de esta noche necesito el amparo de tenerte.

Y aunque el puerto al que arribemos sea el conocido océano de siempre,
déjame colgarme de tus horas, caminante:
déjame adormecerme en tus corrientes.

II

Si dijera que he volado en los confines de la bruma celeste que anhelabas paciente en tus ojos cándidos;
si dijera que vivo un destino distinto y que el espejo te oculta el calor de mis manos,
si dijera que tengo el tiempo de hielo sojuzgándome siempre por lo que me ha deparado;
si dijera la máscara, el juego, las sombras…
dime:
¿te habrías quedado?

III

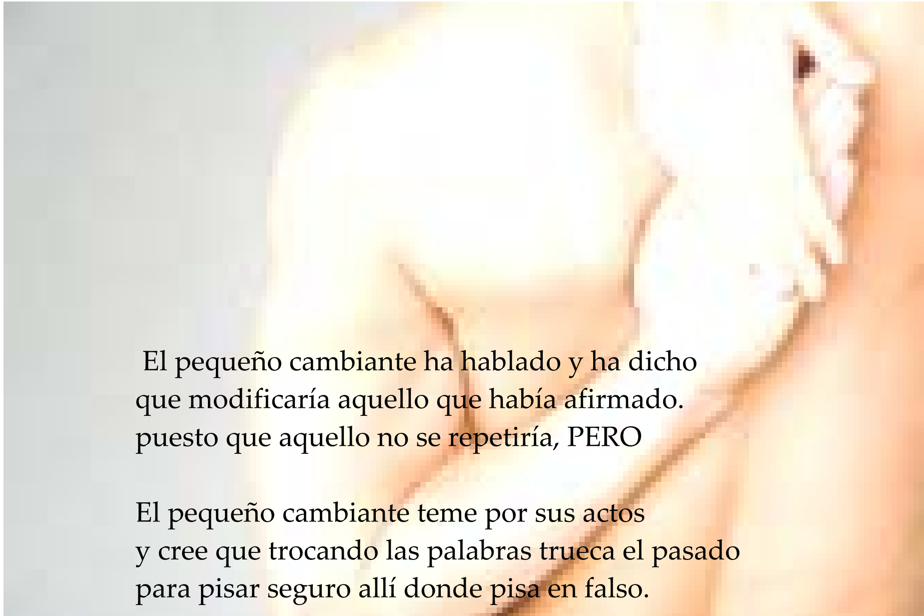
Tus palabras me mataron,
pero en tus ojos veo a veces, ah, el amor.

Un corto sueño al cielo, apenas eso:
                                        una ilusión.

Antes que muera en esta herida,
cicatrizándome en tu ojos, donde veo a veces, ah, el amor.

Llévame hasta el cielo, sólo eso:
                                        en mi ilusión.





El pequeño cambiante ha hablado y ha dicho
que modificaría aquello que había afirmado.
puesto que aquello no se repetiría, PERO

El pequeño cambiante teme por sus actos
y cree que trocando las palabras trueca el pasado
para pisar seguro allí donde pisa en falso.

El pequeño cambiante no recuerda lo que quiere olvidarse,
y se erectan sus miedos en un abrazo al descuido,
y no quiere mostrarse, no quiere arriesgarse, PERO

El pequeño cambiante ve a la araña que teje,
se siente abrigado en la red que lo envuelve…
Que juegue con fuego, que bullan sus aguas…
Importa el PERO

Uno en un millón.

A veces, sucede.
Dicen.

Y cuando uno es uno,
cuando las estadísticas no alcanzan
y uno nuevamente
entra en el círculo de la vida,
y se empapa de momentos
que luego desaparecen,
porque así es la vida –dicen–
y uno, entonces, regresa,
uno comprende que fue sólo una noche,
que allí sigue la vida, y uno –uno, con suerte– la mira.



A veces
ríos de café surcan mis tardes horadadas de recuerdos
mientras alguna fina lluvia se desliza en las ventanas
y surgen, siempre surgen, de repente, inesperadas,
irredentas,
las palabras.

A veces
sodomizo las ideas que revuelan y no llegan
mientras hay ojos hay personas hay rostros hay fechas
y vuelven, siempre vuelven, de repente, inesperadas,
y se alejan,
las palabras.

Y siempre
cuando pesan estos dedos estas manos estos años esta huelga
de emociones de futuro de ilusiones de palabras y de gritos
ríos de café surcan mis tardes horadadas de recuerdos
y revuelan
las palabras.



El reencuentro

El hombre de los ojos lastimados mira al sol. De frente. De lleno. Una vez más. Y se enceguece. Se obnubila. Se apasiona. Como entonces. Como siempre.
Y cierra los ojos. Guarda la película naranja que es un fuego en sus pupilas porque sabe que el instante vale sólo en el instante.
Y se retira. Decidido. A sus sombras.



Retazos,
repiqueteos impávidos de muertes y de vidas.
Y las horas acechando siempre,
constelaciones imprecisas de futuros y pasados.
Y el recuerdo, ah, el recuerdo,
ese volver a conjurar nombres cada mañana,
ese dormirse como despidiéndose de alguien,

para rellenar una ausencia.

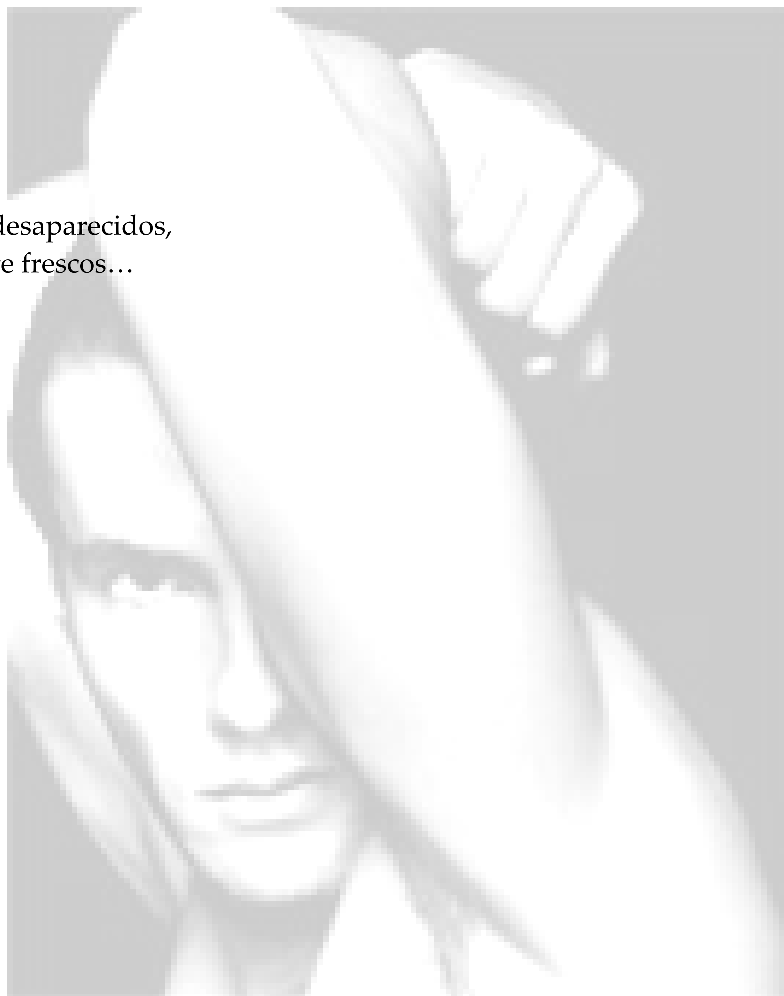
Palabras a la distancia,
que llegan algún día cuando no se las espera,
para remarcar el silencio,
para cristalizar su modo de faltar al banquete,
para demostrar el vacío,

para rellenar una ausencia.

Y el tiempo,
el agua que transcurrió cuando no bebíamos,
la luz que cegaba los ojos frente a frente y sin embargo no veíamos.
Las palabras y el tiempo y los nombres que persisten

para rellenar una ausencia.





Presencias del tiempo, añoranza de soles rotundos desaparecidos,
fantasmas sin sentido, fuegos infantiles furiosamente frescos…

Y LOS VACÍOS

las nadas que agolpan su peso como espuelas
en las cumbres del silencio plagado de reproches
que andan la rutina que siembran su cansancio
en los fértiles campos de los días iguales

Cuando te veo, me veo, no quiero verte
en las cumbres del silencio plagado de reproches:
no hay peor suerte que las nadas con nombre.

Y porque estaba solo me aferré a vos, y a esas palabras ebrias de medianoche,
y dormí en tu abrazo, sembrándome en tus hombros, cosechándote en mis sueños.

Fue débil –es cierto–, fue un antiguo amor de estar enamorado,
fue soledad e incertidumbre, expectativa, sonidos, deseo, deseo contenido. Y fue victoria.

Comenzar una noche como comenzando de nuevo,
desarmando las sábanas más allá de mi lado.



No por tanto desconsuelo las puertas serán nuestras
ni habrá conjuro capaz de purificarnos,
hasta tanto decidamos caminar el primer paso
a buscar el horizonte.

Sin promesas y sin fe, sin ilusiones, y nuestro viaje.

Muriéndonos lento,
poco importan puertas y conjuro y primer paso:
una débil luz en el camino,
y exhaustos los ojos en la sombra.



Tengo la nada en mis manos y eso reconforta –Duelen tanto las espinas
que se cargan en la sombra

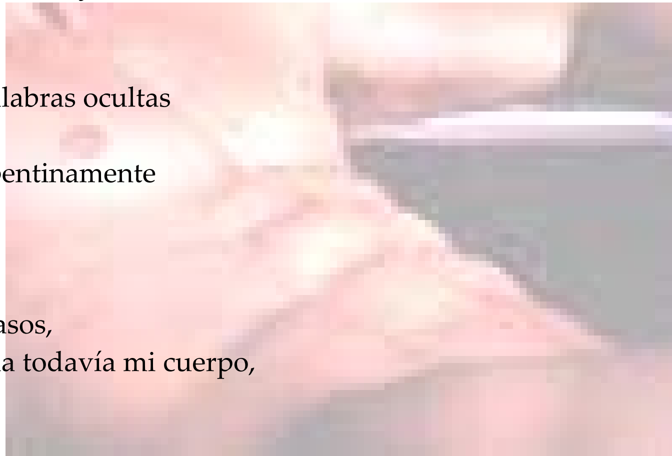
Lo que hubiera sido, ronda como si no fuera –Poco importa que en la nada
Las ausencias se presientan

Y la marca del estigma que destella en la noche –El jinete enmascarado:
la palabra sin nombre



Todo terminó tal cual estaba dicho, designios;
no germinó la promesa de esas palabras que no fueron
con el último sol;
todo se fue en ese viento doloroso
sin horizonte.

Ya no volveré al Memory Motel;
yo también tuve a mi lado a mi Hanna Honey
por siete días.



Siempre fue difícil descifrar las palabras ocultas
tras sus ojos,
y la certeza de que todo moría repentinamente
sin explicaciones
sin el adiós.

Nunca van a volver los mismos pasos,
donde vacío y derrotado deambula todavía mi cuerpo,
para siempre

Ya no volveré al Memory Motel;
yo también tuve allí a mi Hanna Honey
ojos teñidos de selva que perdí en siete días.

La tumba de mis pasos me aprisiona, incesante;
el error de un espejo que creí idéntico al mío
y no era cierto.

Inútil remediar ahora lo que antes se ha hecho:
como borrar el alma de un cuerpo sin consuelo.

No hay otra manera de avivar esas brasas;
sólo esperar que se consuman en su fuego
recordando el calor de esas noches, esos momentos.

Y resignarse a haber perdido el juego;
sin las fuerzas ya, sin esas fuerzas,
que me llevaron a la cima,
casi cerca del cielo.



Pocos pesares más rotundos que la melancolía en un día nublado, cuando el eco de una voz que creíamos desaparecida reverbera en el aire y resuena alimentando esos recuerdos que nunca mueren, que nunca desaparecen, porque se obstinan en regresar como ecos de voces en el aire. Entonces es cuando el corazón lee ensueños en donde había sólo silencios y los ojos se nublan porque creen reconocer siluetas y nada es lo que parece, hasta que las formas se reacomoden nuevamente para volver a ser un sediento arroyo donde antes fuera un tumultuoso río desbordante. Cuánto refrescaba en aquellas tardes calurosas una palabra, una mirada, una caricia, un encontrarse en las márgenes de todo, a la vera de un camino que parecía infinito y trazado como a medida, para reunir el cosmos en dos dedos y saborear la vida en la penumbra de la felicidad. Entonces es cuando las formas del río desaparecen y ceden paso a otras voces que demuestran que nada hay, que nada había, o nada hubo, y entonces es cuando se vislumbra la distancia, la amarga distancia en que quedaron varadas aquellas aguas, rastros de arena que el tiempo barrió en nuestras manos y que dejó en la piel las marcas de la ausencia. Y entonces es cuando en el lecho de ese arroyo el agua que no ha decantado fantasea con volver a ser río, deseosa de revivir en la forma del eco de una voz en el aire, en los rastros de un día nublado, entintado en el rotundo pesar de la melancolía.

Escri-
to en
tu

Índice